
EL VIAJE

Angel Eduardo Acevedo

178

Ante definiciones tan mezquinas sobre el hombre como las de "animal racional" o "caña que piensa", hallo satisfacción en afirmar que el hombre es una criatura viajera.

Y pueden observarse tres modalidades que corresponden a tres grados de profundidad bien diferentes: el viaje realista o geográfico, el viaje imaginario y el viaje real (estos dos últimos son autorrecorridos, se efectúan por dentro de nosotros).

"¡Ah malaya quién tuviera/ medio millón de dinero/ para gastarlo viajando/ entre La Villa y Turmero!". Así se estiró el sentimiento de algún venezolano guariqueño de hace medio siglo. Centrales del distrito Infante de la misma región contaban entonces los inviernos aguardando una fecha en la que al fin se partiría con dos arreos de burros por delante a cambiar queso y cueros por café y tabaco en rama en Altagracia de Orituco; mientras que en los veranos se hacía la ruta de Cazorla y San Fernando de Apure para vender o cambiar por reses vacunas, unas cuantas buenas bestias de silla.

Los padres aspiraban mandar los hijos, proyectándose en ellos, a alfabetizarse en el pueblo. Los de los pueblos, a que fueran a hacerse bachilleres o doctores a Caracas. Y después Caracas se ha encargado de esparcir viajeros por las rutas del mundo: París, Salamanca, Nueva York, Londres, Moscú y hasta Pekín.

En un momento de su existencia el hombre quiere, necesita despejar su horizonte, perderse lejos, sacudirse de una mala suerte, salir en pos de las aventuras y de la ventura.

Y efectivamente, la tierra entera pertenece al pie humano, y nos correspondería a muchos más cada vez recorrerla, como un don elemental, si los superinventos navieros que trasponen el mar tuvieran menos carácter mercantil que lírico.

Sin embargo esta modalidad viajera primaria, externa, geográfica y por tácita derivación conquistadora, puede considerarse la manifestación aparente, la reminiscencia de una necesidad más honda, que la literatura en sucesivas versiones similares ha caracterizado mediante aquella historia según la cual un hombre soñó que debía partir hacia un lugar remoto donde cierto personaje le indicaría el sitio de su predestinado tesoro; hallados el lugar y el personaje exactos, éste le refirió haber tenido el mismo sueño, intercambiando al personaje con él y al sitio con el fogón de la cocina de su casa en su país, añadiéndole que por su parte no era tan necio para obedecer a una quimera semejante, nuestro viajero regresó y desenterró el tesoro: todo significa que nuestro tesoro, el único verídico tesoro, el que magnetiza nuestro gran viaje, se esconde en la casa que somos nosotros mismos y seguramente al rescoldo de su ángulo más cálido, nuestro corazón.

Así el viaje geográfico queda reducido a una metáfora del viaje profundo y nos persuadimos de que Tierra, Himalayas, Océano, Fosa de las Filipinas, aire

y espacios interplanetarios existen en nosotros y es preciso recorrerlos en nosotros (es insensatez inefable, pregúntenlo a la alquimia o a la astrología, creer que gobernantes de ningún país hayan conquistado el satélite de la tierra, mientras sobre lo que sí es posible, el descubrimiento de lo lunar y lo solar en nuestras almas, tenemos la brújula perdida). Por esa vía de inercia no pasaremos nunca de lastimosas caricaturas de hombres y viajeros que obedecen a itinerarios turísticos prefabricados, pongamos por caso el europeo: Plaza de Cibeles y Museo de El Prado en Madrid, Tour Eiffel y Notre Dame en París, Plaza Piccadilli y Tate

Gallery en Londres, etc., etc.

El viaje imaginario puede en ocasiones estimular o desencadenar el viaje real, pues ninguna cabeza va a acordarse de sí misma antes de un desencanto de las circunstancias exteriores, aunque la tendencia dominante en la poesía es a estancarnos en lo estetizante, en la artificiosa belleza, ese doliente imaginacionismo.

Es cierto que se viaja prestigiosamente contemplando; ensoñando y soñando (corresponde abarcar en este punto el viaje en humilde hoja de cannabis o el de severa ingestión alucinógena). Baste pensar en el sentado a una buena sombra de árbol en cualquiera margen de autopista por donde se va en atropellado frenesí: viaja más el sentado, por pesaroso que pueda encontrarse. Viaja más el que sueña. De viaje y descenso a los infiernos califican Jung y Nerval, usando la expresión de los antiguos, a las muy oníricas y más cruciales épocas de sus existencias.

Cuando la poderosa, la también ya desengañada imaginación continúa removiendo y desentrañando para bosquejar mayores laberintos, cuando en vez de enorgullecernos hiende tanto y más hasta desesperarnos también de ella, estamos dando punto, tal vez otro horizonte se vislumbra y podemos entonces, si la necesidad llegó al tamaño de la desilusión, emprender la ruta verdadera, la que empieza en el autodescubrimiento, el viaje real. Surge incluso a la par otra lite-

ratura.

Llegó a comprobar el Abate Constant que las obras homéricas que leemos tan superficialmente y que los profesores nos enseñan a ignorar y aborrecer tan bien, con la manía de procurar sus mezquinos valores estéticos, constituyen una escritura cifrada y un todo en el que Aquiles actúa como prolegómeno y Ulises grita subrepticamente la sabiduría humana redonda.

Odisea no querría decir nada importante, nada grave ni especial, si se redujera como siempre a la narración exterior de una ida y unas peripecias navegantes y un regreso como hay tantos entre los tantísimos libros y todas las geniales epopeyas. No recobraría su acepción justa mientras no se entendiese como el viaje

más hondo y extenso del hombre a través de sí mismo, con desaparición, tentaciones, ingreso en el infierno y gloriosa reaparición, lo mismo que en los personajes arquetípicos, como en Orfeo y como en Cristo.

179

Ningún viaje habremos emprendido hasta que no despunte en nosotros alguna simpatía definitiva con aquel personaje de Jalil Gibrán que, ciego desde su nacimiento, e interrogado sobre el sendero de sabiduría que transitaba, respondió:

—“Soy astrónomo” Y poniéndose la mano sobre el pecho añadió:

“Observo todos estos soles y lunas y estrellas”.

Angel Eduardo Acevedo